pocos puntos. Principalmente debemos a Aristóteles el haber clarificado el papel de la razón en la vida práctica, y haber proporcionado una integración de emociones y razón en la vida moral más satisfactoria que la de Platón.

La ética aristotélica, sin embargo, estaba en estrecha dependencia de la *polis*. De ahí que cuando esta desaparece, por las conquistas de Alejandro, y el Imperio se constituye en la nueva forma política, las consecuencias no se hacen esperar. Concretamente, en lo que se refiere a la identidad del ciudadano. La areté se ejercitaba en la polis. Pero ahora ya no hay polis. Mengua la participación directa del ciudadano en el gobierno. Desaparecen puntos de referencia. En esta situación decae la religión griega, muy vinculada también a la *polis*. Las religiones orientales y comunidades filosóficas más afines a los antiguos pitagóricos que a la Academia platónica vienen a cubrir ese hueco. Pretenden proporcionar la seguridad que se echaba en falta. Así sucede con el epicureísmo y con el estoicismo. Con estas doctrinas la ética se "universaliza". Con ello también se desintegra la unidad –precaria, ciertamente, pero unidad– de la ética aristotélica, entre placer y razón.

El libro ofrece una visión clara de la evolución de la ética griega, y abundante materia para la reflexión. En este sentido, tras haber expuesto la desintegración de la ética clásica, concluye diciendo: "nuestra época es ciertamente más parecida a la del Imperio alejandrino y romano que a la época clásica de Atenas, y esto puede explicar el atractivo contemporáneo por el epicureismo y el estoicismo. Si por otra parte, no estamos satisfechos con lo mejor que estas filosofías helenísticas pueden ofrecer, y deseamos revivir el ideal clásico de plenitud humana, sería necesario revivir la forma clásica de sociedad humana, en la que fue formulado. Quizá la *polis*, es, como Platón y Aristóteles pensaron, la única forma de comunidad en la que los seres humanos pueden perfeccionarse, y no sólo crecer" (p. 224).

Ana Marta González

Saranyana, Josep Ignasi: *La discusión medieval sobre la condición femenina (siglos VIII al XIII)*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1997, 162 págs.

No cabe duda que el autor de este libro se enfrenta con una cuestión de enorme actualidad, pues hace más de siglo y medio que se debate en Europa la opinión que el cristianismo tiene sobre la condición femenina.

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

En efecto, desde la segunda generación romántica alemana la exégesis luterana ha sostenido que en el corpus paulino habría como dos actitudes con relación a la mujer: una, favorable a la mujer, representada en la epístola a los gálatas y la otra, abiertamente misógina, representada por la primera epístola a los corintios. Habría, pues, dos "pablos": uno que habría valorado a la mujer, y otro que la habría juzgado según esquemas peyorativos y de subodinación al varón. Por consiguiente, algunos textos serían auténticos de san Pablo, mientras que otros serían un producto del paulinismo.

Esta polémica escriturística se extendió posteriormente a los textos veterotestamentarios (en los años del Kulturkampf), afirmando que también en el libro del Génesis habría dos opiniones contrastadas sobre la mujer, una representada por la fuente yahvista (segundo relato de la creación), de tendencia misógina, y otra más favorable a la mujer en el primer relato, procedente de la tradición sacerdotal, de redacción más moderna.

Todo esto da un índice de la complejidad de la polémica, que ha alcanzado gran virulencia en la teología y filosofía europea del siglo XX, sobre todo en los últimos años. A la vez, la diatriba pone de manifiesto la prudencia y el rigor con que hay que proceder en estos temas, en los que no solamente está en juego una lectura del Pentateuco o de las epístolas paulinas, sino también la concepción cristiana del hombre (varón y mujer) y los respectivos papeles o roles que ellos han de desempeñar en la Iglesia y en la sociedad. El debate, pues, afecta no sólo a la hermenéutica bíblica, sino que conlleva numerosas cuestiones relativas a la historia del pueblo israelita, o a la interpretación de las formas de vida de la Grecia y Roma clásicas. Y no sólo eso, puesto que el debate se vierte, finalmente en una temática eclesiológica de gran calado.

El Autor, Director del Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra, ha comprendido la dificultad del tema y ha decidido actuar con suma cautela. Ha sospechado que primero, antes del debate doctrinal, se impone un estudio histórico pormenorizado de la tradición cristiana, para comprobar si la hermenéutica bíblica que ahora está en su apogeo, sobre todo en los ambientes luteranos, responde a la tradición exegética cristiana de primera hora. Esta opción metodológica implica una opción eclesiológica básica, pues postula que la tradición de la Iglesia, sobre todo la más primitiva, es una de las fuentes a través de las cuales se hace presente la Revelación fundante.

Así las cosas, la hipótesis de trabajo del autor que ha guiado la investigación y que ha quedado suficientemente demostrada en ella es que los medievales consideraron que tanto el Génesis como el corpus paulino tendrían un autor único: Moisés y San Pablo, respectivamente.

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

Los medievales más feministas se esforzaron en interpretar en clave alegórica los pasajes peyorativos con relación a la mujer. Los medievales de tendencia misógina, en cambio, se decantaron por la exégesis estrictamente literal, aceptando que la Sagrada Escritura habría sido hostil a las mujeres, tanto el Pentateuco como el corpus paulino. Esto justificaría que el plenomedievo quedara dividido en dos etapas: el período feminista abarcaría fundamentalmente el siglo XII; el misógino arrancaría a mediados del siglos XIII. (La interpretación alegórica hunde sus raíces en el mundo judío-alejandrino, de donde fue asumido por Orígenes, para pasar posteriomente a la Patrística latina del siglo IV. La correa de transmisión entre la Patrística y el siglo XII podría ser, en hipótesis del autor, la Escuela de Laón).

La causa del cambio de orientación que se aprecia a partir de 1215, sobre todo en los ambientes de la Universidad de París, que comienzan a ser muy misóginos, parece estar, en opinión del autor, en la influencia que tuvo la filosofía natural aristotélica y la traducción de algunas obras de medicina greco-árabe. En esas obras se subrayaba particularmente la inferioridad física o biológica de la mujer con respecto al varón. Para Aristóteles, por ejemplo, la mujer sería "un varón o macho frustrado", según una expresión que ha sido reproducida hasta la saciedad. Hay que señalar que la consideración biologista de la mujer corrió paralela con la sublimación de la mujer en el ideal del amor cortés. Esto demuestra que las causas del feminismo del siglo XII son religiosas aunque insuficientemente fundadas en una especulación racional.

La breve formulación de la tesis del autor, que acabo de presentar, nos permite hacernos cargo de la envergadura del trabajo que contiene esta monografía y de su trascendencia. Las notas a pie de página, la rica bibliografía que se añade al final, el índice de nombres, dan suficiente garantía de encontrarnos ante una investigación rigurosa, que se ha convertido en referencia obligada para los especialistas; y que, a su vez, deja el campo abierto para proseguir una investigación que en absoluto está cerrada, y que se brinda como un reto al lector.

Mª Socorro Fernández-García

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra